

ciones copiosas, con sus iglesias y oratorios, adonde les celebraba los oficios divinos; destruyó los adoratorios de los ídolos, los cuales hizo pedazos en presencia de los que los adoraban, mostrándoles á vista de ojos el engaño en que vivían, teniendo por dioses á los que en la verdad eran piedras y palos, sin virtud ni fuerzas para hacerles bien ni mal.

Quitóles la multitud de mujeres que tenían, las borracheras y bárbaras costumbres, obligándoles á las cristianas y políticas, todo lo cual llevaban pesadamente algunos soberbios y lascivos; y, como indómitos y cerriles, sacudieron de su cerviz el suave yugo de la ley santa de Cristo, y, apellidando libertad, se conjuraron para quitar la vida á quien les daba la vida.

El principal de la conjuración fué un indio feroz y valiente, llamado Jumutum: este vino disimulado con otros muchos al tiempo que el santo mártir había dado traza de mudar la iglesia de aquel pueblo de un mal cerro infestado de mosquitos, á otro sitio ameno á la ribera de un río; tenía consigo seis indios cristianos y soldados que le hacían escolta, los demás se ocupaban en mudar los materiales de la iglesia, el Padre en echar los cordeles y tomar las medidas para el templo.

Cuando el traidor los vió más descuidados, dió la seña á los conjurados, los cuales arremetieron al Padre, y le dieron una lanzada en el pecho; quiso retirarse, y en volviendo el rostro, le dieron otra en las espaldas, y cayendo en el suelo, le dieron otras muchas, y le arrojaron en el río, adonde no ha sido posible hallar su santo cuerpo: luego mataron á los seis soldados que le guardaban; y hecho esto, se huyeron al monte; pero no escaparon de la justicia de Dios y de los hombres, porque fueron buscados y presos veinte y dos, los más culpados, y el maldito Jumutum alanceado, y su cabeza con la de otro que hirió al Padre puestas en el mismo lugar adonde cometieron el delito, para escarmiento de los demás apóstatas gentiles.

Así fué coronado este ángel en la vida, muriendo por la fe de Cristo, como tantas veces lo había dicho.

Su martirio fué breve, y su gloria será eterna en el cielo, y su nombre celebrado por todos los siglos. Su glorioso tránsito fué á 27 de enero de 1650 años, teniendo treinta de edad y catorce de Compañía.

Escribieron su vida y martirio el P. Jerónimo de Ortega, Superior de la Compañía en Filipinas, y las cartas *Anuas* de aquella provincia, y el P. Francisco Combes, de la Compañía, en la *Historia manuscrita de Mindanao*, libro último, cap. 13, el cual remata la historia de su martirio con las palabras siguientes: «Pasó el P. Juan del Campo de Castilla la Vieja á esta provincia el año de mil y seiscientos y cuarenta y tres en nuestra barcada, siendo Procurador el P. Diego de Bobadilla, y en todo el viaje y tiempo que acá

gozamos de su dulce conversacion, descubrimos un natural angélico y una inocencia propia del feliz estado del paraíso, hombre muy ajeno de toda malicia, derramando bondad por todo su rostro, así por lo agraciado de su aspecto como por la modesta risa que siempre tenía, haciéndose á todos amable.»

«Jamás le vimos enojado, ni parece que en esta parte dejó su virtud que vencer, con que ni los primeros ímpetus padeció. Realzaba este natural el grave adorno de todas las virtudes religiosas, recatada pureza, sencilla obediencia, pobreza y mortificación cuidadosa, con todo el demás ornato de virtudes religiosas, que caen sobre tan buenos fundamentos.»

Hasta aquí el sobredicho autor, y mucho más se alargan los que le trataron familiarmente en su noviciado y estudios, en los cuales fué siempre un espejo de religion y un dechado de virtudes, con que mereció tan gloriosa muerte, que más merece nombre de vida; pues con ella comenzó la eterna que goza para siempre en el cielo.

P. ANDRADE.

P. MIGUEL PONCE

EL bienaventurado P. Miguel Ponce fué aragonés y natural de Peñaroya, del Arzobispado de Zaragoza, hijo de padres pobres de los bienes terrenos, pero muy ricos de los celestiales; pues por su virtud merecieron tener por hijo un mártir de Jesucristo.

Criaronle con su pobreza en virtud, y por verle tan bien inclinado, le enseñaron á leer y escribir, y le dieron estudio.

Pasó á la Universidad de Alcalá, adonde con suma pobreza estudió las Artes y dos cursos de Teología: deseó entrañablemente entrar en la Compañía, pero como era desconocido, y no tenía mucho nombre de estudiante, no pudo conseguirlo.

Andando con estos deseos en lo fervoroso de su pretension, llegó á Madrid el P. Procurador de la provincia de Filipinas, para llevar sujetos á ella, y hallándose algo falto por la cortedad de los tiempos, escribió al colegio de Alcalá, que le avisasen si había personas aptas que gustasen de ir á las In-

días á servir á Dios en la conversion de los infieles, porque los recibiría y llevaría á su provincia.

Fué esta traza del Altísimo para llevar á aquellas partes á nuestro Miguel Ponce para tanta gloria suya, porque luego le dieron noticia de la puerta que se le abría para lograr sus deseos y entrar en la Compañía.

Recibió esta nueva, como venida del cielo, y, tomando cartas de los Padres del colegio para el P. Procurador, se partió á Madrid en busca suya; mas como no le hallase por haber partido ya á Sevilla, no descaeció su fervoroso espíritu, ántes tomando nuevos alientos, se partió á pié y mendigando en busca suya; y con sumo trabajo y pobreza, durmiendo en los campos, y comiendo pan de lágrimas, llegó á Carmona, ocho leguas de Sevilla, adonde alcanzó al P. Procurador y á sus compañeros, á quien dió sus cartas y cuenta de sus deseos y de lo mucho que habia pasado hasta hallarlos; y aunque se compadecieron de él, y procuraron regalarle caritativamente, però no se atrevieron á recibirle viéndole tan roto y negro de los soles y mal pasar de los caminos.

Fué grande la afliccion de su alma, viendo frustrados sus deseos; volvióse á Dios, pidiéndole con lágrimas que le admitiese en su servicio, y fué oido de su divina Majestad; porque el Hermano que iba por compañero de los Padres, hizo grandes instancias para que no le despidiesen, sino que se quedase para ayudante suyo, porque era mucho menester, y el buen Miguel Ponce, con las ansias que tenia de servir á Dios en la religion, pidió que le recibiesen para esclavo de ella, que para cualquiera cosa quedaria de muy buena gana.

Vista su humildad, que no fué pequeña en quien habia estudiado Teología, por darle consuelo y al Hermano alivio, le recibieron para ayudante suyo, con esperanzas de que si procedia bien, le recibirian en la Compañía.

Este medio tomó Dios para honrar la religion con la sangre de este mártir, el cual caminó con los Padres, sirviéndoles con grande prontitud y alegría.

Embarcóse con ellos, y fué todo su alivio; porque en la navegacion hasta Méjico, hizo oficio de cocinero con grande exaccion y tanto agrado, que ganó la voluntad de todos los de la nave, y mucho más de los de la Compañía, estimando mucho su devocion y humildad, y la aplicacion y solicitud que tenia en su oficio, el cual hacia tan bien como si le hubiera estudiado todos los dias de su vida, que cuando hay voluntad todo se facilita, y cuando esta falta en los oficios, todo se dificulta. Agradecidos, pues, los Padres de su buen servicio, y pagados de su virtud, le recibieron en la religion.

En llegando á la ciudad de Méjico, enviarónle al noviciado, adonde estuvo cuatro meses, procediendo como un ángel, hasta que se llegó el tiempo de

embarcarse en *Acapulco*, y en esta navegacion prosiguió su oficio de cocinero con la misma humildad y agrado que le habia hecho primero.

Llegado á Manila, acabó sus estudios, ordenóse de Sacerdote y dedicóse á la conversion de los indios; y como era tan fervoroso y alentado, diéronle los Superiores la residencia de Palapag en la isla de Ibabao, la más remota y trabajosa de todas, adonde estuvo once años enseñando y predicando, catequizando y bautizando los indios de aquellos pueblos, á costa de inmensos trabajos.

Aprendió luego su lengua con tanta eminencia, que la sabia como ellos, imitando su tonillo y modo de pronunciarla, con que los ganó de manera, que le amaban todos como á su propio padre; y, ganadas las voluntades, le obedecian y seguian, y tomaban su doctrina y santos consejos con grande gusto, apartándose de vicios y haciendo obras de virtud, con que trocó aquella selva inculta, habitada hasta entónces de indios agrestes y bárbaros, en un celestial paraíso de hombres racionales y cristianos virtuosos que guardaban con vigilancia la ley santa de Cristo.

Pero sobre todo, lo que más los cautivó fué el ejemplo de su vida, porque fué un hijo verdadero de S. Ignacio, santo, humilde, modesto, afable, caritativo, penitente, mortificado y obediente, y un dechado de virtudes.

Todos los dias se disciplinaba hasta derramar sangre. Andaba continuamente vestido de cilicio. Su comida fué siempre muy parca, y nunca bebió vino ni leche, porque decia que le causaba sueño, del cual fué siempre capital enemigo, pasando lo más de las noches en oracion, leccion y ejercicios espirituales, y los dias en obras de caridad con los prójimos, así espirituales como corporales.

Fué estremada su humildad, teniéndose siempre por el menor de todos, y por indigno de estar en la Compañía.

Diéronle el grado de Coadjutor espiritual y juntamente el Rectorado de aquella residencia, y respondió con mucho rendimiento, que no tenían necesidad los Superiores de consolarle con el Rectorado, por el grado que le daban; porque él le recibia con mucho agradecimiento, reconociendo que le hacian muchísima merced en darle lo que no tenia merecido; y así no quiso admitir el Rectorado, juzgándose por indigno de él, y deseando ser súbdito de todos, ántes que Superior de alguno; pero los Superiores de la provincia le ordenaron que le tomase, porque así convenia.

El humilde religioso bajó la cerviz, y tomó sobre su cuello el yugo, y sobre sus hombros la carga más que el cargo, porque se dedicó á servir á todos, como si fuera su esclavo, lo cual notaron hasta los mismos indios, viéndole tan encogido y abatido y tan dedicado al servicio de todos, que no se ofre-

cia cosa á que no pusiese el hombro y llevase el trabajo por descansar á los demas, con grande gusto y alegría.

Finalmente, habiendo cumplido los cuarenta y cuatro años de su edad, y diez y ocho de religion, le dió nuestro Señor la corona de sus merecimientos con el laurel del martirio en la forma siguiente:

Habia en su pueblo un indio anciano, que se llamaba Agustin Somoroy, de mucha autoridad entre ellos, porque el Padre le habia hecho caudillo y capitan de los demas, y le habia libertado de tributos, que es cosa de mucha estimacion entre los indios, y aunque sus principios fueron pequeños, habia subido á la suprema dignidad.

Este era hijo de un indio hechicero y sacerdote de los ídolos, que adoraba aquella gentilidad, y con la sangre habia heredado sus costumbres, y tenia en las médulas la falsa creencia de sus padres, y usaba de sus hechicerías, con que se hacia temer de todos.

Era dado á vicios, en especial á las borracheras y lascivias, y, dejada su propia y legítima mujer, estaba amancebado con otra de quien tenia algunos hijos; pero era tan sagaz y disimulado, que supo, con fingimientos y apariencias de buen cristiano, encubrir al P. Miguel Ponce estas maldades, hasta que fueron tan públicas, que llegaron á sus oídos.

El Padre le reprendió con santo celo, y no bastando las paternas amonestaciones, le amenazó con castigos, y de hecho le quitó la manceba, y la envió á lejas tierras, para excusar el pecado, de que el malvado hechicero quedó tan ostigado, que juntando sus parientes y amigos y los indios poderosos que andaban mal contentos con la sujecion de los españoles y el yugo de la ley de Cristo, que les vedaba sus vicios; concertó con ellos de renegar de la fe de Cristo y volver á sus idolatrías y á los vicios, que las acompañan, y matar al P. Miguel y á todos los de la Compañía que predicaban y defendian la fe de Jesucristo.

Tenia un hijo que se llamaba Somoroy, á quien persuadió, que como mozo y valiente se encargase de esta empresa, ofreciéndose los demas á acompañarle, y el hechicero á darles á todos libertad con el favor de los holandeses, enemigos de los españoles.

Dos meses gastaron los conjurados en apercebir armas y alistar gente para su apostasia y levantamiento, el cual no pudo ser tan secreto, que no le supiesen algunos indios más fieles á Dios y á los Padres. Entre los cuales, una devota india, maestra de las niñas del pueblo y de las más principales, habiéndolo entendido, vino al P. Miguel y le dió parte de todo lo que pasaba, rogándole con lágrimas que guardase su vida y se pusiese en salvo con tiempo, por el riesgo que corria.

Lo mismo avisaron á un Hermano Donado español, que servia en el colegio, y él dió luego cuenta al Padre, el cual habiéndolo encomendado á Dios, se resolvió de no desamparar su ganado ni huir como pastor mercenario, dejando las ovejas de Cristo en las bocas de los lobos, sino, como verdadero y buen pastor, apacentarlas y guardarlas hasta dar la vida por su rebaño.

Con esta resolucion esperó á los enemigos, los cuales vinieron armados, como los verdugos y sayones á Cristo, y al hilo del mediodía entraron con violencia en nuestra casa, y subiendo el P. Miguel por la escalera, le siguió el indio Somoroy y le pasó el corazon con su lanza, de que cayó luego muerto.

El Hemano Donado, cuando sintió el estruendo, se retiró lo mejor que pudo con otros dos Padres Sacerdotes que habia en el colegio, y en compañía de algunos indios católicos, huyeron á otros pueblos apartados.

Mas la rabia de los enemigos de Cristo, no paró en quitar la vida al inocente Padre: porque, como toda su ojeriza tenian con Cristo y con su santa fe, y habian muerto al P. Miguel porque la predicaba, luego emplearon sus armas en destruir sus imágenes y profanar su santo templo.

Entraron en la iglesia, apoderáronse del colegio, acuchillaron, hirieron, pisaron y ultrajaron cuantas imágenes tenian, tomaron los cálices y vasos sagrados para sus borracheras, hicieron turbantes y bandas de los ornamentos y colgaduras, y por último remate, pusieron fuego á la iglesia y la abrasaron, para que no quedase memoria del nombre de Cristo. Sucedió entónces una cosa admirable, y fué, que viendo un indio devoto abrasarse el templo de Dios, dolorido el corazon de que pereciese en el incendio una devota imagen de nuestra Señora, que era la devocion y consuelo de aquella cristiandad, entró por en medio de las llamas y la sacó sin lesion, y la llevó á su casa, adonde la puso con la mayor veneracion que pudo, convocando á los indios católicos para adorarla.

Dios los consoló por medio de esta santa imagen; porque, viéndolo todos, lloró lágrimas vivas, que cayeron de sus ojos y corrieron por sus mejillas, y sudó todo el rostro tan copiosamente, que por dos veces tiñeron un lienzo con el agua del sudor, guardándolo por reliquia inestimable, y dándole infinitas gracias por el sentimiento que mostraba en sus aficciones, affigiéndose con los affigidos, y sudando con el peso de la carga de sus trabajos, como si la misma Virgen los padeciera, al modo que dice Filon que apareció Dios á Moisés en fuego y en las espinas de la zarza, cuando su pueblo padecia el duro y penoso cautiverio de los egipcios, ostentando que se espinaba con sus espinas, y que se abrasaba con el fuego de sus trabajos.

De la misma manera la piadosísima Virgen, viendo á su pueblo en tan re-

cia tribulacion, y á todos los fieles llorando, lloró con ellos y sudó copiosamente, ostentando el dolor que tenia de sus trabajos, y que padecía con ellos por el amor entrañable que les tenia, como á hijos suyos muy amados.

Fué tan pública esta maravilla, que llegó á oídos de los bárbaros apóstatas, y uno de ellos dijo por mofa: «Bien se echa de ver lo que siente que le quemén su templo, pues derrama tantas lágrimas;» porque el amor que la Beatísima Virgen tiene á los suyos, le conocen hasta los mismos bárbaros, los cuales prosiguieron su levantamiento, acometiendo á los demas pueblos de la isla, abrasando los templos, y ultrajando las imágenes, y profanando los vasos y ornamentos sagrados, y haciendo gran carnicería en los fieles.

Pero no se fueron sin castigo, porque vinieron los gobernadores españoles con ejército formado, y los cercaron, y vencieron, y sujetaron con muerte de muchos; y el malvado Somoroy, que mató al santo mártir, fué degollado por un indio, y puesta su cabeza para escarmiento de todos en parte pública, con oprobio eterno.

Este dichoso fin tuvo el bendito P. Miguel Ponce, muriendo como valeroso capitán de la milicia de Cristo por su santa fe, firmando con su propia sangre la doctrina evangélica que predicaba.

P. ANDRADE.

P. VICENTE DAMIAN

LEY es establecida por Dios que los consortes en los trabajos, lo han de ser también en la corona, y que los obreros de su viña lleven el jornal de sus fatigas conforme á sus merecimientos, como se verificó en los Apóstoles, todos los cuales padecieron por Cristo y fueron coronados con Cristo, recibiendo el premio de sus trabajos á la medida de sus merecimientos.

Todo lo cual se verificó también en estos dos grandes obreros de la viña del Señor, los PP. Miguel Ponce y Vicente Damian, ambos compañeros en la predicación, ambos obreros infatigables de la viña del Señor, ambos consortes en el ministerio de la salvación de los indios en la misma isla, residencia y lugares, y ambos también consortes en la corona del martirio, y ahora en la de la bienaventuranza, que gozarán eternamente con Dios.

Nació, pues, el felicísimo P. Vicente Damian el año de mil y seiscientos y

trece en el reino de Sicilia y en la ciudad de Randolo, á los diez y siete de octubre, de padres pios, nobles y honrados, celosos del servicio de Dios, los cuales como tales, procuraron desde luego inclinar á su hijo á la virtud, criándole en santas costumbres en el temor del Señor.

Fuéle fácil hacerlo, porque le dotó el cielo de un natural blando y dócil, y de su cosecha muy inclinado á las cosas santas y devotas, gastando en ellas el tiempo que los de su edad gastaban en juegos y pasatiempos; y no sólo se ocupaba en esto, pero dando entónces prendas del celo de las almas que habia de arder en su pecho, llamaba á los otros niños y los traía con dádivas y caricias á que le ayudasen en lo mismo, y se empleasen en el culto de los altares y servicio de las iglesias, con mucha edificación de todos los que le miraban tan dedicado á este ministerio, como si Dios le hubiera criado ángel para ocuparse en él.

En teniendo edad, le enviaron sus padres á estudiar Latinidad al colegio de la Compañía que hay en aquella ciudad, adonde aprendió con presteza las letras humanas, por ser de vivo ingenio y muy aplicado á todo género de virtudes: que el riesgo de estas hace fructificar en el alma con grande ventaja la semilla de las letras, y cuando falta, se seca.

Con el trato de los religiosos, y con su buen natural, y la inclinación á la virtud, se aficionó á la Compañía; y, obrando en su alma la divina gracia que le habia escogido para tanta gloria suya, pidió ser recibido en ella, con tantas veras, que los Superiores juzgaron era vocación de Dios, y así le dieron la ropa en el mismo colegio á los diez y siete de marzo de mil y seiscientos y treinta.

En el noviciado y en los estudios procedió como un ángel, ostentándose á todos ejemplo de observancia y dechado de toda religión; y por verle tan fervoroso le dieron los Superiores licencia para que comunicase á los estudiantes seculares, á los cuales aprovechó en letras, pasándoles las lecciones, y mucho más en virtud, encendiendo sus corazones en vivas llamas de amor divino con las que brotaban de su pecho en las palabras que salían de su boca y los razonamientos que les hacía en orden á su salvación; y por este medio ganó á muchos para Dios y los trajo al perfecto estado de la religión.

En acabando de oír la Filosofía, fué por obediencia á Milan á leer una cátedra de Gramática que regentó por cuatro años con igual provecho y edificación de sus discípulos, á los cuales no aprovechó ménos en la virtud que en las letras.

Volvió despues á Mesina á oír el curso de Teología, y aquí le llamó Dios para otra ciencia y Filosofía superior de la conversión de los infieles, oyendo